

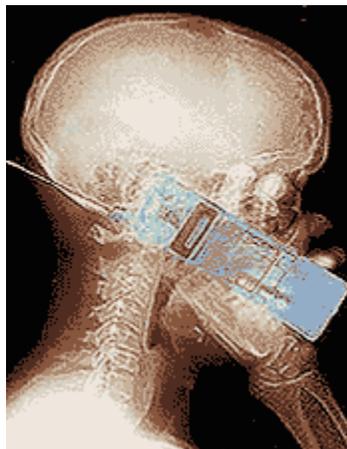


C h e l l i s
G l e n d i n n i n g

Escuchemos esto:

Invasividad y el celular (I)

Chellis Glendinning



La autora explora las repercusiones sociopolíticas actuales de la telefonía celular y tecnologías asociadas en una investigación en tres partes.

Glendinning extrapola sus reflexiones a partir de las contribuciones de El Libro Telefónico, de Avital Ronell, obra de deconstrucción política de la tecnología que cuestiona la recepción acrítica de la telefonía pre-inalámbrica.

Alexander Graham Bell es mi ancestro. Mi hermano lleva su nombre: Alexander Bell Glendinning. Nos criaron con cuentos de aquel momento trascendental de la historia de las invenciones en 1876 cuando Bell armó

sus aparatos y llamó mediante ondas eléctricas a su asistente en el cuarto contiguo, diciéndole “¡Watson! ¡Ven aquí!”

Luego nos contaban la tragedia de aquel inventor solitario: la pérdida de los derechos de su creación “para el bien de la humanidad” -- y las cuentas bancarias de quienes ya eran ricos. Es cierto. Bell fue acorralado y destazado por empresarios norteamericanos sin siquiera recibir una tarjeta telefónica gratis por aquello que se ha convertido en el instrumento más invisible e invasivo en introducirse a la vida moderna.

Uno puede asombrarse al escuchar esto: *el más invisible e invasivo*. Tal desconcierto demuestra el grado al cual este artefacto y las masivas tecnologías relacionadas se hicieron parte nuestra: de nuestros cuerpos, casas, lugares de trabajo, paisajes, suposiciones.

En *The Telephone Book* Avital Ronell, profesora de literatura comparativa de la Universidad de California, cuestiona nuestra sorda aceptación de la telefonía explorando tres áreas de reflexión:

1. El grado al cual la maquinaria define cada uno de nuestros pensamientos y actos;
2. Cómo su existencia promueve la esquizofrenia entre mente/cuerpo y humanidad/naturaleza inherente en la sociedad tecnológica;
3. Cómo sienta los cimientos para un estado fundado en la tecnología.

Al remitirnos a aquel clásico himno del rock-n-roll "*Meet the New Boss, Same as the Old Boss*" (“*Conoce al Viejo Jefe, Idéntico al Antiguo Jefe*”), podremos recordar que aquello que en el pasado era invisible e invasivo se hace aún más invisible e invasivo ahora. Entre fanfarrias de encanto y fantasía, os presentamos: el nuevo y – como lo llaman – más inteligente teléfono. O, mejor dicho: el teléfono-computadora-oficina-sala-

de-cine-videocámara-tienda-de-pornografía-GPS-enciclopedia inalámbrico. En breve, las telecomunicaciones vienen con todos sus satélites, antenas de microondas, discos receptores, torres y campos de radiación electromagnética creados por éstos; supercomputadoras; maquinaria de marketing y propaganda; pirámides de gerentes ejecutivos, científicos, ingenieros, técnicos, militares, policía, trabajadores de publicidad, personal de venta, productores, directores, actores, artistas, equipo de filmación, equipo de limpieza química, secretarias, porteros; y el teléfono celular con su constante timbrado, chirrido y aullido.

Para entender a este “nuevo jefe” podríamos hacer las mismas preguntas que Ronell hizo al “antiguo”:

¿De qué manera define la nueva tecnología inalámbrica cada uno de nuestros pensamientos y actos?

Para sobrevivir, la psiquis humana fue diseñada para reflejar su entorno. Fuimos hechos para pensar y actuar en armonía con lo que nos rodea. Durante 99% de nuestra evolución, nuestros alrededores eran tierras salvajes, y su componente humano se organizaba en comunidades indígenas cuya forma de vida se centraba en la naturaleza.

Hallamos un reflejo paralelo en el mundo tecnológico. Los desórdenes mentales -- desde la disociación, ansiedad y narcisismo, hasta el estrés post traumático, la esquizofrenia y el desorden de múltiples personalidades -- son males que demuestran reflejos perturbadores de un entorno creado que supera la escala humana y la sostenibilidad ecológica de los ritmos fragmentados de la ciber-mecanización.

Este reflejo se halla por todos lados. Aquí, hallamos una publicidad de teléfonos celulares haciendo gala de un paisaje verde, un cielo claro y un lago cristalino – que en realidad está alterado por torres metálicas de repetición de señal de celular cada medio kilómetro, aparatos que nos hacen creer que uno puede ligar a *cualquiera* y estar presente *en todo lado*. Y de hecho esto sí es posible. Más o menos. Al menos uno puede recibir instrucciones acerca del sabor de gelatina que la esposa desea que compremos. Uno puede enviar un vídeo del dedo gordo de su pie a los amigos en Facebook u organizar el recojo de una carga de pasta base de cocaína. Uno incluso puede hacer vender litio desde una balsa de totora desde el lago Titicaca. De hecho, dentro de una sociedad tecno-liberal, es muy seductora la promesa de estas posibilidades aparentemente ilimitadas para contrarrestar la rusticidad de la fragmentación y la alienación que permean todos nuestros pensamientos y actos.

El dolor que subyace a esta seducción llega hasta lo profundo de nuestro inconsciente compartido. En su lugar aparece la negación o, si se quiere otro término, *la sordera*.

Nos volvemos sordos a la conexión y el arraigamiento que esperan nuestras psiques y nuestras ecologías. Nos volvemos sordos a la falta de conexión y arraigamiento que vivimos cada vez más frecuentemente. Nos volvemos sordos a los desenfrenados problemas sociales y psicológicos que resultan de esto.

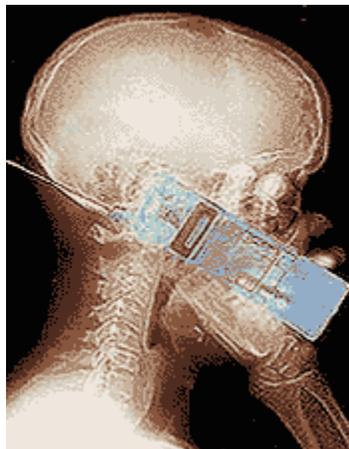
Y estamos sordos a los efectos biológicos de la tecnología. La verdad es tan potente que nos destroza los tímpanos. Existimos ahora dentro de un horno de microondas planetario. Desde hace sesenta años se vienen realizando estudios publicados por investigadores gubernamentales, corporativos, militares e instituciones independientes que relacionan una serie de enfermedades a las frecuencias

electromagnéticas que emanan de los teléfonos “inteligentes”; los módems portátiles de internet; las zonas Wi-Fi; las descargas que uno hace a su iPod; las antenas erigidas en torres y satélites que emiten señales. Estos efectos incluyen varias formas de cáncer, leucemia, tumores cerebrales, descomposición del ADN, abortos espontáneos, infertilidad, deficiencias inmunológicas, presión arterial elevada, deterioro de las barreras en la sangre y el cerebro que protegen al cuerpo de bacterias y virus, enfermedades cardíacas, ataques al corazón, desórdenes nerviosos como neuralgia, Parkinson y esclerosis múltiple; Alzheimer, insomnio, pérdida de memoria, deterioro de la visión y, curiosamente... sordera.

En los EE.UU., desde la distribución masiva de tecnologías inalámbricas, 40% de la gente toma pastillas medicinales para dormir, y eso no incluye a las que están usando el alcohol, la heroína y la marihuana. O las que compran pastillas sin prescripción. También hay tumores del cerebro en el lado mismo de la cabeza donde la persona usa su celular – y *en la forma exacta de su propio teléfono*.

Escuchemos esto:

Invasividad y el celular (II)



La autora explora las repercusiones sociopolíticas actuales de la telefonía celular y tecnologías asociadas en una investigación en tres entregas. El presente constituye la segunda parte de su reflexión.

Conscientes de los efectos biológicos dañinos ocasionados por la radiación electromagnética, discutidos en la entrega anterior, intuimos que existen más consecuencias en otras esferas de influencia, lo cual nos lleva a la segunda pregunta que formula Ronell:

¿De qué manera contribuyen las comunicaciones inalámbricas a la ruptura entre mente/cuerpo y humanidad/naturaleza?

Si nos aproximamos a esta pregunta con un mínimo de la agudeza fenomenal que usa Ronell en su análisis del teléfono fijo pre-inalámbrico, nos daremos cuenta que el teléfono celular simplemente magnifica la fragmentación de la consciencia originada por la voz descarnada que antes salía de esas viejas cajas negras. Ya no sostenemos conversaciones con voces fantasmales sólo en nuestra casa o en la oficina o en un kiosco de la calle. Esta nueva experiencia de relaciones no visuales, no sensuales y atópicas nos llevan a un estado agravado de enajenación, de la misma forma en que el mirar un monitor para aprender o enseñar o para crear vínculos sociales o asegurar un negocio pone énfasis en la mente más que en la gloriosa totalidad de la experiencia sensual.

Y ello suscita una pregunta crucial: ¿qué nos tiene preparado esta condición de disociación crónica?

Durante una entrevista acerca del tema, hecha en Public Radio International, que me hicieron junto al Dr. Marvin Minsky, del Instituto Tecnológico de Massachusetts – quien inventó la inteligencia artificial– me enteré de demasiadas cosas perturbadoras. Mientras él nos ilustraba

acerca de los beneficios sociales de las computadoras, Minsky me informó – con orgullo y convicción – que la desconexión final se concluirá cuando se elimine toda la vida de la Tierra y se reemplacen a los seres inteligentes con máquinas “pensantes”, formas de vida modificadas con ingeniería genética y nanotecnología; todo será manejado desde satélites que emitirán radiación electromagnética a la red de equipos terrestres que permitirán el funcionamiento de aquéllos.

El mismo Minsky es un ejemplo de la disociación entre mente/cuerpo, y su visión del futuro es un reflejo de la separación de la humanidad y la naturaleza que nos ha sido impuesta por la sociedad tecnológica. Correr a toda velocidad por carreteras de seis carriles que cortan a través de los últimos bosques gloriosos de la Tierra, con nuestros artilugios guiados por computadora, enchufados a instrumentos que escupen voces descarnadas, preguntando a nuestros pilotos portátiles cómo está el clima, nos da la ilusión de poder. Pero al hacerlo, pareciera que Minsky digitó un código de área esquizoide referido a lo que debería ser la vida en este planeta.

Él no quiere saber que existen investigaciones que revelan efectos adversos entre animales y plantas que viven dentro de la esfera de torres de microondas. Las vacas tienen más cánceres, producen menos leche y sufren de más enfermedades del sistema inmunológico; nacen becerros con mutaciones grotescas y se producen más abortos espontáneos. Los árboles sufren: bosques enteros en Europa han muerto, secos de corona a raíz. Animales salvajes salen de su territorio nativo.

En India, científicos de la Asociación de Investigadores del Medioambiente de Kerala (KERA) han observado que los huevos de las golondrinas con nidos cerca de las torres no eclosionan. Según el Dr. Sainudeen Pattazhy de KERA, la radiación “puede herir los cráneos delgados de los polluelos y las cáscaras de los huevos.” Otro de sus

estudios, en el cual pusieron teléfonos móviles cerca de colmenas, reveló que en cinco días las colonias habían colapsado; ninguna abeja se volvió a ver jamás. Y después, los animales que normalmente visitan colmenas abandonadas para sacar la miel no quisieron acercarse a éstas. La implicación para nosotros es obvia y grave: las verduras y frutas de las huertas y cosechas del mundo dependen de la polinización promovida por las abejas.

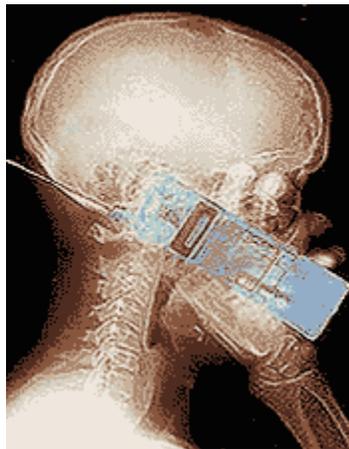
Aceptar estos predicamentos tan indignantes lleva a la banalización: si uno usa un teléfono celular, uno entonces considera que es normal; si uno considera que es normal, entonces lo usa. Así, cada uno de nuestros pensamientos y actos es definido por el carácter mundano de la telefonía inalámbrica – en tanto que se rechaza su alienación inherente, los sueños megalómanos y los efectos biológicos. En lugar de ponerse a escuchar para encontrar cuáles son las fuentes de esta tragedia, fabricamos nuestros sueños a partir de las imágenes que sacamos de la TV y nos regodeamos de la estridente cultura corporativa con una violencia que refleja el terror apocalíptico que ocultamos en nuestros recodos más profundos. Nuestros teléfonos omnipresentes y ausentes no sólo simbolizan nuestra desconexión; su existencia misma contribuye a la posibilidad de nuestra extinción.

Al hacerlo, usted y yo posiblemente apenas nos demos cuenta que el terreno al lado de la carretera ha sido destrozada y convertida en desechos irreconocibles por palas mecánicas para construir ese camino sobre el cual podemos charlar y para explotar los metales con los cuales se fabrica el teléfono celular. Al cruzar velozmente por la carretera, con nuestras mentes tan distantes de nuestros conocimientos terrenales y nuestras vidas tan desconectadas de los ritmos del mundo natural, tal vez no seamos capaces de darnos cuenta que el cielo mismo se halla resquebrajado por la invasión de las torres de microondas que emiten

radiación directamente hacia la médula misma de nuestros huesos y los de los seres naturales.

Escuchemos esto:

Invasividad y el celular (III)



La autora explora las repercusiones sociopolíticas actuales de la telefonía celular y tecnologías asociadas en una investigación en tres partes. La presente es la tercera parte de su reflexión.

¿De qué manera la industria de telecomunicaciones alimenta el proceso político posmoderno?

Para responder a esta pregunta, resulta fundamental considerar que las palabras que nos enseñaron para describir las formas políticas y económicas contemporáneas son las mismas que evitan que percibamos su naturaleza. Luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando cientos de movimientos de descolonización desafiaron la forma más difundida de dominación política del momento, resultó incoherente seguir usando

aquellas palabras que facilitaban al sistema: el lenguaje del imperio. La sociología intentó contribuir a este esfuerzo y de ahí obtuvimos términos como “sociedad de masas”, “desarrollo” y “Tercer Mundo”. Pero tales etiquetas sólo hablan de tamaño y complejidad y, convenientemente, omiten las relaciones de poder inherentes en el imperialismo clásico de antaño así como la actual hegemonía global, la economía corporativa neoliberal.

Al describir nuestro mundo, debemos recuperar palabras de poder político – y añadirlas al lenguaje del desarrollo tecnológico. Así lo hace Avital Ronell. Estableciendo vínculos entre la política y la tecnología, rastrea el éxito de aquel infame estado fascista, la Alemania Nazi, hasta el teléfono. En el Tercer Reich, el teléfono no era un aparato “neutral” funcionando inofensivamente dentro de un contexto de relatividad flotante. Su propósito era centralizar el poder y, en aras de esta meta, se convirtió en un arma, una forma de vigilancia estatal, un “cómplice manifiesto de las mentiras” que sirvió para afianzar la garra del control totalitario que quería el régimen.

Otros ya expusieron la relación entre la tecnología y el expansionismo político. En *The Fire of His Genius (El Fuego de Su Genio)*, el historiador Kirkpatrick Sale demostró cómo el barco a vapor llevó a los Estados Unidos a la revolución industrial, abrió el interior del continente a los asentamientos humanos y facilitó la agresión contra los pueblos indígenas necesaria para despojarles por completo de sus tierras.

La telecomunicación también es una tecnología que fomenta la invasión del sistema político y económico. El sistema actual, empero, no limita a la propiedad estatal. Es post-estatal, pan-corporativo y carece de fronteras. La singularidad de las telecomunicaciones es que ofrece a sus usuarios un contacto casi instantáneo a casi cualquier lugar en el mundo. Las torres de microondas están siendo reemplazadas por

tecnologías satelitales financiadas por entidades privadas-corporativas/públicas-estatales. ¡Hola, Túpac Katari! Vaya, hablando de lo invisible e invasivo: ni un solo centímetro de esta Tierra quedará inmune a los efectos políticos y económicos de la globalización – ni de los efectos que la radiación electromagnética tiene sobre la vida. Las corporaciones y los estados promueven esta reciente forma de diseminación debido a que para funcionar eficientemente requieren coordinar instantáneamente su red mundial para explotar recursos, distribuir bienes y servicios, e implementar su defensa y el control social.

Escuche esto: en los EEUU, la Agencia Nacional de Seguridad acaba de construir un centro gigantesco de datos para interceptar, analizar y guardar las comunicaciones electrónicas desde satélites y cables en todas partes del mundo, incluyendo las de sus propios ciudadanos. El FBI tiene más de 1,500,000,000 archivos recolectados de bases de datos, información gubernamental, investigaciones criminales y sondeos políticos. Recientemente, la Unión Americana de Libertades Civiles y el *New York Times* informaron que los celulares de individuos se rastrean sin órdenes legales. Con más de 300,000,000 teléfonos vinculados a 200,000 torres, se puede identificar la posición de una persona y documentar los lugares que visita diariamente. Y el FBI admite que tiene 3,000 aparatos inalámbricos instalados en carros particulares para rastrear a personas desprevenidas, a pesar de una decisión de la Corte Suprema esto solamente con orden judicial.

Mas, según *Bloomberg Reports*, los aparatos actuales pueden no sólo encender las cámaras y micrófonos de laptops móviles, sino cambiar los índices de materias de los mensajes *en plena transmisión*.

Como descendiente del inventor del teléfono, escucho estos ecos dolorosos con oído agudo y me entristecen. Sin embargo, debido a la asfixiante garra de las corporaciones de telecomunicaciones sobre los

medios, poco se conoce acerca de las acciones emprendidas contra la industria inalámbrica en casi todas partes del mundo. Lo novedoso es que este movimiento no se halla en su infancia. Desde el año 2000, cientos de representantes de científicos, investigadores, doctores, técnicos, oficiales públicos y representantes de organizaciones medioambientales, de salud y derechos humanos se reunieron en Bélgica, Suecia, Francia, Italia, Austria, Noruega, Brasil e Inglaterra, y existen 22 manifiestos mundiales escritos por médicos y científicos advirtiendo de los efectos biológicos de la radiación electromagnética, incluyendo la Resolución Salzburgo (2000), la Resolución Benevento (2006), el Informe Bioiniciativa (2007), la Resolución Porto Alegre (2009) y la Resolución Venecia (2009).

En España, un juez reconoció “los derechos de los ciudadanos a gozar de un medioambiente saludable libre de campos electromagnéticos” y ordenó compensaciones corporativas para las víctimas de “invasiones electromagnéticas”. La biblioteca nacional de Francia apagó su sistema de Wi-Fi en todas partes debido a las enfermedades de los bibliotecarios. Los colegios e universidades en Inglaterra, Alemania y Canadá hicieron lo mismo, y ciudadanos de los EE.UU. lucharon contra el programa de instalar contadores en cada casa y edificio para que todos los aparatos sean inalámbricos. Después de una epidemia de cánceres correspondientes a las ubicaciones exactas de antenas en Issifya, Israel, los pobladores destrozaron éstas a mano desnuda. Un municipio en España, Olvera, prohibió estas tecnologías, y en Chipre, una manifestación contra la construcción de mástiles militares británicos fue seguida por una revuelta de ciudadanos indignados portando carteles leyendo “¡No Nos Enfermen de Cáncer!”

Además, la Corte de Petición de Versalles en Francia reconoció legalmente los riesgos que esta tecnología implica para la salud, mientras

que la Organización Mundial de la Salud y la Agencia Internacional para Investigación de Cáncer clasificaron a la radiación como carcinógena. El Comité Nacional de Rusia para la Protección contra la Radiación No-Ionizada advirtió que los niños, mujeres embarazadas, epilépticos y personas con enfermedades nerviosas no deben usar celulares.

Escuchemos esto: es tiempo de integrar la lucha contra la invasividad de las telecomunicaciones inalámbricas en de nuestro trabajo anti globalización/anti imperialista. La única forma que conozco para rescatar nuestros pensamientos y actos, para curar los fragmentos esquizoides perpetrados por sistemas invasivos y reconstituir comunidades duraderas en esta tierra es que nosotros escuchemos, aprendamos y seamos visibles.

**Traducido del inglés por Pedro Albornoz Camacho*